

cion que Ella nos enseña, y con esa intencion recta el santo celo que hará provechosas nuestras obras: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Al pretender, A. M., imitar las virtudes de la Santísima Virgen María nuestra Madre, necesario es no perder de vista que intentamos nada menos que obtener nuestra eterna salvacion, y nuestra eterna salvacion entraña el conjunto de todos los bienes imperecederos, la posesion de todas las riquezas y honores celestiales, la suprema felicidad á que venimos aspirando desde que nuestra razon, ilustrada por la fe católica, nos descubrió los inmensos horizontes de la Jerusalem eterna de Dios. ¿Quién, á vista de esa dicha inmortal, no se siente inflamado de aquel santo celo que llevó á la imitacion de las virtudes de María á los santos de todos los tiempos y de todos los pueblos? Si alguno no experimentase ese fuego sagrado en su corazon, porque este se ha extraviado por las malas pasiones, yo me dirijo á él en estos momentos. ¿Por qué tanta actividad y celo por los bienes caducos del tiempo? Ni los trabajos, ni las vigiliias, ni las humillaciones, ni los peligros arredran á ese hombre para conseguir las mentidas alegrías del mundo; los mas grandes sacrificios nada le cuestan para llegar al fin que se propone, para ambicionar dignidades, para adquirir honores, para amontonar riquezas, para acumular placeres, comodidades y diversiones. Si ese desgraciado es jóven, él se lanza en esa carrera de goces mundanales con todo el ardor de la edad, y con toda la osadía de la imprudencia; si adulto la recorre con aquel valor que le inspira el instinto de un porvenir dichoso, y si anciano permanece en esa senda de depravacion detenido por los funestos lazos del hábito y de la costumbre, y de los deseos de nuevos goces que no desvirtúan el aspecto imponente del sepulcro que mira abierto á sus piés.

¿Se trata empero de imitar las virtudes de la Mujer

bendita de todos los siglos, de la Madre santísima de Dios y de los hombres? ¿Se trata de entrar en los deliciosos y apacibles senderos por donde María anduvo durante toda su vida? ¡Oh! entonces los respetos humanos, los miramientos de la clase á que se pertenece, un temor injustificado y hasta criminal detiene al cristiano, al que se llama hijo de María, para ocuparse de imitarla y adquirir sus virtudes que tan inmensa dicha le proporcionan. Desgracia es esta que jamás podremos medir en toda su extension, y que debe ocuparnos sériamente si deseamos ser verdaderos devotos de la Madre del amor hermoso, y conseguir la felicidad que reclama nuestro corazon.

Pues bien, A. H. M.; si es cierto que la Santísima Virgen María es un perfecto modelo del verdadero cristiano, ora por la elevacion de la altísima dignidad á que Dios la ha sublimado, elevacion mas eminente que la de todos los santos, ora porque con su admirable y heróica conducta ha escedido á todos ellos en la práctica de todas las virtudes hasta llegar á ser la Reina de todos ellos; y que al mismo tiempo debemos imitarla con exactitud, con sinceridad y con celo, llegado es el momento en que comprendamos la limitacion de nuestras facultades y las repugnantes miserias que hacen desdichada nuestra situacion sobre la tierra, y nos decidamos á aprovechar en la escuela de María, nuestra buena y santísima Madre, aquellas eminentes virtudes que practicó sobre la tierra, y que imitándolas nos granjearán el mejoramiento de nuestras costumbres, y una dicha imperecedera: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Si así lo hacemos, A. M., yo os lo aseguro solemnemente, vereis mejorar vuestra condicion de pecadores para adquirir la justicia del Señor «y si sois justos os justificareis todavía mas, y si sois santos llegareis á santificaros aun mas,» como quiere nuestro buen Dios, aspirando á la perfeccion cristiana para «ser perfectos como lo es nuestro Padre que

está en los cielos.» Acariciad pues en vuestra alma este pensamiento tan lisonjero, y disponeos á recibir en los días sucesivos de este glorioso mes las enseñanzas de María, á fin de que aprendais sus excelsas virtudes, y aprendiéndolas las practiqueis, y practicándolas tendreis derecho á gozar de su compañía en la pátria celestial por los siglos de los siglos. Amen.



SERMON PARA EL DIA OCHO.

La fe cristiana se armoniza con la razon, y sus excelencias procuran la salvacion eterna.

Post te eurremus in odorem unguentorum tuorum.

En pos de tí correremos al olor de tus unguentos.

CANT. I.—5.

Si como dijimos en el dia antecedente, A. H. M., la Santísima Virgen María es un modelo perfecto del verdadero cristiano, modelo que debemos imitar, necesario es que desde luego comencemos el estudio de las principales virtudes y de los sublimes actos de la vida de María, gran maestra de la vida espiritual, á fin de aprender sus enseñanzas, «corriendo en pos del suavísimo olor de sus unguentos» como leemos en libro de los Cantares. Necesariamente debemos empezar por el exárcen de la fe católica, como que esta es la base de todas las calidades sobrenaturales, y tanto, que sin ella no podemos amar ni honrar á Dios, ni tampoco esperar en Él para justificarnos y salvarnos, toda vez que ha dicho el Apóstol que «sin fe es imposible agradar á Dios, pues es necesario que el que se llega á Dios crea que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan.»

La Virgen Santísima Maria recibió desde luego la fe, este don sublime del Espíritu Santo, esta luz clarísima que disipa con sus fulgores celestiales las tinieblas de nuestra pobre